

Wilmer en los espejos de la memoria

JOAQUÍN PEÑA GUTIÉRREZ

Escritor y docente de Creación Literaria en la Universidad Central.

Escena 1

El cuadrado imperfecto de la cafetería ha acallado sus voces de platos, hervores y frituras. Puede que ellos estén allí pero no se escuchan. Sus voces, sus apetitosos sonidos han desaparecido tragados por las voces de los líderes estudiantiles y las consignas exclamadas por cuántos estudiantes de la Facultad de Educación de la Universidad Libre que la llenan más arriba de las orejas. Los dos jóvenes morenos, de indudable entonación costeña, igual de delgados, pero uno más alto que el otro y de pelo ondulado y quieto, han dejado cuánto hace la oficina, el cuarto de lo que era la organización estudiantil y, a la vez, la oficina, el cuarto de los Núcleos Ocho de Octubre; ni más ni menos nuestra organización política y todavía no militar.

Tomás y Wilmer presentan con qué énfasis la necesidad de la lucha, compañeros. Hoy y ahora. Recuerdan argumentos suficientes, las fallas y falencias de la Universidad en nuestra facultad; las fallas de la universidad colombiana en la educación superior del país; recuerdan los chanchullos administrativos, políticos, militares del gobierno; recuerdan los vínculos del movimiento estudiantil y político de la universidad con los estudiantes, solidaridad, compañeros, con los estudiantes del país entero, de Latinoamérica y del mundo; recuerdan los asesinatos más recientes de campesino, obreros, periodistas y otros

colombianos dirigentes o no de organizaciones sociales, sindicales, estudiantiles, o políticas; recuerdan, por si fuera poco, que el imperialismo y no cualquiera, no el griego, no el romano, no el español, no el inglés. No. Nada, compañeros, el más duro cruel e impiadoso que ha existido en la historia entera de la humanidad: El gringo, El norteamericano. Tiene sus garras sembradas en nuestra yugular. En nuestras venas abiertas. Así que la circunstancia está madura.

A esta hora los compañeros de cuántas universidades se aprontan a tomarse las calles en protesta, en reclamo y lucha de conquista porque, compañeros, los derechos, la injusticia no se mendigan, se arrebatan y se ganan. ¿Qué hace falta? Nada. Wilmer, por la puerta de acá, la que da al callejón que comunica la Facultad con la Avenida Rojas Pinilla, lidera, comanda el movimiento que ya es, por poquito, una marcha; la toma de las calles, la lucha. En la Avenida no se presenta titubeo alguno. La dirección en este caso muy particular indica seguir a la derecha. ¿Para qué se sigue hacia la izquierda? A la izquierda queda la Avenida 26 y porteros. A la derecha, hacia el lado del barrio Las Ferias, ¡ufff, eso está poblado! Allá está, vive la gente. Quién quita que se pueda establecer una parte de la alianza estudiantil obrero campesina. No. Campesina, no.

La marcha, la manifestación avanza resuelta, encendida. ¿Cuántas veces el im-



perialismo, la injusticia han muerto en los estruendos de las consignas que levantan estremecida a la noche? Y no solo eso. Sacan, traen señoras de casa a las puertas a ver qué es lo que pasa. ¿Qué les sucede a esos muchachos? Deben ser los de La Libre, otra vez. Los de la Libre siguen hacia el norte. Mi espejo de memoria llega hasta donde se encuentra estacionado un camioncito viejo, de trasteos, fuera de la vía, sobre el pasto, junto al caño. ¿Había un caño por ahí? ¿Ya estaban los asaderos? Ese trasto viejo tan pobre se convierte en símbolo, debió ser la noche en la que andábamos, de la burguesía del barrio, de la ciudad, de Colombia, del mundo y en candidato de facto para ser convertido en llamas y en cenizas. ¡La revolución le va a meter candela ya! Menos mal que la revolución en el instante, esos revolucionarios se portaron tan ineptos que no encontraron cómo prenderle fuego. Nadie parece ha hecho aquí el curso con los *boy scouts* de prender candela con las uñas. En esas tal vez llegué yo o Wilmer o alguien, algún tricitito de razón a detener la calaverada. Sindéresis, compañeros. Quieren es una fogata o la revolución. Ajá. ¿Y la vas a hacer quemándole la comida a un infeliz? La marcha, la manifestación siguió entre la noche. Acaso hasta hoy.

Escena 2

¿A quién se le ocurre proponer en la ceremonia de grado que yo sea profesor? A Villarreal, secretario de la Facultad. ¿Y Wilmer? Wilmer no está. Ha desaparecido. ¿Desaparecido? Sí. En su sentido lato; original; aunque el poder y su ejercicio en el continente ya habían estrenado ese otro significado nefasto; inhumano. Desaparecer a la gente. Miles habían desaparecido. Lapsus muy profundo e inaceptable. Habían sido desaparecidos. Wilmer había desaparecido. Estaba seguro. Una noche, su cuerpo delgado, largo y moreno esperó al final de su primera clase bien avanzado el semestre. ¡Ajá! ¿Y tú qué? He vuelto. Wilmer había vuelto, se había reintegrado a la academia, iba a sacar adelante la carrera. Ahora mi amigo y compañero de estudio me coloca en la incómoda posición de ser alumno. ¡Ajá! ¿Y a estas horas del semestre, saltó la voz del profesor, qué quieres que hagamos? Lo que ocurrió, secreto entre amigos. El hecho visible es que hubo una conversación, de un lado, el que habla es él, sobre *Amalia*. La literatura, una novela, otra vez nos botaba estruendos sobre el continente y nos enmugraba la cara. Oye, y las cosas, allí, en *Amalia* están tan idealizadas para que se

la siga considerando como romántica. O es romántica porque tiene nombre de mujer y pertenece a la época. ¿Por qué no puede ser tan realista como el *Matadero*? La literatura y la vida de una persona; de unas personas; la vida de un país; de un continente. La vida social y política tan convulsionada, tan signada de contradicciones, de persecuciones de muerte. La vida. Luego, de qué otra manera podría ser, resultamos metidos en el Grupo Literario Contracartel. Años. Casi los años.

No escena 3

Wilmer había venido de Santa Marta; Lilia Gutiérrez Riveros, de Macaravita. ¿Quién conocía Macaravita? Duramos como diez años para aprendernos ese nombre tan bonito, hacia arriba, en los canchales de Santander; Mariela Zuluaga parecía de aquí, de la capital; pues no, venía del llano, Villavo; y nunca había olvidado el juego de aquella niña con las culebras. Andrés Elías Flórez Brum se había desprendido de Sahagún; Jairo Restrepo Galeano nos trajo en su silencio un nombre brillante: Léri-da; Cristóbal Valdelamar Moreno había llegado desde la luz de Cartagena; Benhur Sánchez Suárez y yo cuánto hacía que habíamos salido de Pitalito en distinto día y sin saber nada uno del otro. ¡Cuántas personas más desprendidas de algún rincón anónimo de la nación! ¿Quiénes de los miembros de Contracartel eran bogotanos? Alguien, alguna chica que nos acompañó, como Inesita, entró en razón y se apartó. Algún hombre, López, Estupiñán, Pacheco, el marino que no perdió la gracia del mar y volvió a él; también, ellos como ellas, entraron en razón y se apartaron. La vida junta y aparta. Hay que reconocerlo, ese lugar común es cierto. También en el Grupo Literario Contracartel Colombia se juntaba en Bogotá. Y continuaba siendo provincia

Debíamos ser o considerarnos suficientemente pobres para esperar algo; para embarcarnos en una literatura que no podía transigir con la injusticia, los desmanes contra lo humano, los desafueros del poder; esas cosas tan visibles, elementales y tan decisivas por su presencia en el país y en el continente.

y era cosmópolis. Además, ¿de dónde venía esta gente? De sectores sociales medios, sin medios económicos y sin una tradición letrada. ¿Es posible, entonces plantear que el grupo Contracartel estaba habitado por gente emergente? Por supuesto.

Continuaba la pauta establecida por los escritores colombianos y acaso no solo colombianos apenas un tanto mayores, para no decir, de la generación anterior. Y como ellos, si vivimos o empezamos a vivir sobre los setentas, tal como se insinuó en la escena 1, nos afiliamos en el partido de la esperanza. Debíamos ser o considerarnos suficientemente pobres para esperar algo; para embarcarnos en una literatura que no podía transigir con la injusticia, los desmanes contra lo humano, los desafueros del poder; esas cosas tan visibles, elementales y tan decisivas por su presencia en el país y en el continente. De ahí a una militancia en la izquierda política que hay, o al contrario. Serlo era en realidad fácil. Los desastres económicos, políticos, culturales del país

y del continente presentaban argumentos en exceso y muy a la mano como para que unos emergentes más o menos pobretones asumieran una posición al margen de la corriente oficial.

De ahí el nombre que salió oficializado en una reunión muy democrática del grupo: *Contracartel*, que, entre otras cosas, lo primero que sugirió fue un problema. ¿Cómo escribir una literatura no panfletaria, pero que fuera capaz de poner las cosas chuecas, las que no le gustan a la decencia humana, contra el cartel? Seguramente los compañeros vieron bien a un cartel con sus buenas palabras encima. De acuerdo. Que nuestro grupo literario se llame así, *Contracartel*. Y así quedó. Y cuánto queremos que quede. Pero si queda, quedará merced, gracias, en virtud de la literatura que hayamos sido capaces de escribir. Porque como militantes, con alguna excepción, no pasamos de acompañar la manifestación del primero de mayo. Así que no tenemos un muerto en combate como Paco Urondo; un desaparecido como Haroldo Conti; ni siquiera un detenido en las caballerizas de los militares como el ya anciano en el momento, el poeta Luis Vidales. Recuérdese una mención hecha arriba.

Wilmer desapareció de la Universidad, de Bogotá; y al cuánto tiempo reapareció sin parecerse en nada al perdido cuando aparece. No ha hablado al respecto. Hasta ahora no se sabe dónde anduvo esos años. Sospechamos que andaba, sin saber, en el oficio de vivir, de realizar la escritura anticipada de esta novela que hoy se presenta ante ustedes. El país político oficial andaba atareado en el desmonte del Frente Nacional, que no se sabe si ya terminó; y como el continente, más atareado todavía en sobrevivir en medio de percances de todo tipo, con la sombra y no solo la sombra de la Revolución Cubana que no hallaba cómo quitarse de encima con movimientos sociales,

políticos y militares muy merecidos y muy fuertes en contra.

El imperio continuaba su actuación defensiva, de sostenimiento y fortalecimiento en Latinoamérica. A instancia suya y con su ayuda y orden, el continente es militarizado. Y los países que no poseen régimen militar, como Colombia, no se quedan atrás en el registro de estatutos de seguridad, muertos, más muertos; desaparecidos, más desaparecidos, hasta llegar a las formas casi más abiertas y más refinadas de la actualidad. Aunque, pero lo de ahora tal vez no aparezca en nuestras letras, casi que no aparece ni lo contemporáneo nuestro de antes. ¿Quién sabe si el dictamen de *De La Rochelle* siga siendo cierto? Solo se puede escribir sobre la muerte. Sobre el pasado. Tal vez ocho años antes a este momento, Wilmer escribía una de tantas veces la novela. Alguien sugirió por qué no estiraba el caucho hasta nuestros días. “Párala ahí”, dijo. “Voy hasta donde voy y se acabó”. Parece que para ver los días, hay que dejarlos pasar. Corresponde, seguramente, a lo que se llama la toma, la formación, el establecimiento de una perspectiva —recuérdese, Gabo llegó en su narrativa hasta el treinta del siglo pasado; algo así como hasta el momento en que nace—.

Escena 4

En *Contracartel*, la gente sabe algunas cosas de los compañeros de vida y de palabra. Pero no ejercíamos de sabuesos ni en la literatura. Por ejemplo, no me consta que Wilmer haya conseguido una admiración por esa especie de señor del silencio llamado Juan Rulfo. Se sabe, Rulfo escribe sus menos de 300 páginas, intenta escribir otras cosas y escribe algunas mínimas en cantidad. Intenta otra novela y, según su propia versión y a pesar de que la gente llegó a intimar con la historia que no era

más que hipótesis, la obra no resultó. Trataba de nacer y lo que nacía, nacía muerto. Es como si el mexicano se exprimiera por seguir sacándose resplandores esenciales sobre el humano y no lo lograra. Entonces entra en el silencio. Decide callar aunque, él lo sabía, cualquier cosa que dijera no podía ser tan malo y la gente de él, cada vez más numerosa, la esperaba y la conseguiría. No hay remedio, Rulfo entra en eso que hemos dado en llamar *la dignidad del silencio* y la ejerce a cabalidad. Eso fue, señores, lo que tenía para decirle al mundo. Es mi parte. El resto es silencio. No sé por qué veo la conexión con Wilmer de esta naturaleza que se me ocurre calificar de frugal.

Wilmer ensaya con un cuento. El cuento no lo hace quedar mal, aparece en un concurso nacional —¡Qué importantes son los concursos! Aparecer o no aparecer en ellos. Sé de alguien que decidió ser escritor, escribió cuentos, los envió a concursos, no apareció. Abandonó el intento de ser escritor—. Wilmer se le mete a un libro de poemas y lo saca casi de la nada. De aquella parte que no es. La inexistencia,

esa maravilla del creador. Colocar en este lugar vacío hasta el momento de la creación algo que antes no existía. Escribe un libro de literatura sobre el Pibe. Alguien podría decir, qué tan jodido el Wilmer. Coge a un personaje para hacer su literatura. Pues no sucede así. Sucede que ha cogido a un amigo que, además, se convierte en símbolo en este país y afuera.

Siempre me ha parecido chistoso, por lo menos, que un grupo musical de la Argentina, donde por lo demás escasean los futbolistas buenos, se llame *Illya Kuryaki and the Valderramas* debido al *Pibe* nuestro. Ocurre que Daza, el Pibe, Retat y otros cuantos más, se echaban de pibes, de adolescentes y casi que de adultos más que el picadito en Pescaíto y que fueron compadres, panas, llaves, amigos hasta cuando el Cachule Daza tuvo que decidir una vaina muy jodida. La del destino. Tuvo que decidir entre entrar a la primera del Unión Magdalena o venirse a este frío, ahora bastante caliente, a estudiar en la Universidad. Hoy, esta noche está la respuesta a la decisión, casi más del padre que propia.



Escena 5

Una vez, en alguna reunión de Contracartel, Wilmer soltó un deseo: voy a escribir una novela. Yo lo miré con la envidia propia de quien no nació ayer por la tarde y no ha podido escribir ninguna, y me dije: ¡este es capaz... Ufff! Un día de estos, una tarde, una noche de estas, al terminar la reunión, ya lo veo, saca de un costal tremendas fotocopias y nos dice: “Vea compañeros, como no tenemos nada que hacer, para la próxima, aquí les hago entrega, con el mayor respeto”. No soy adivino. Simplemente lo conozco un poco. Wilmer no da vueltas como yo para salirle a la vida en el cruce de los caminos. El cuento de su novela no duró mucho tiempo como cuento. Creció rápido a obra. Y, en efecto, un día y otro y otros ocupó al grupo de qué manera.

No voy a aturdirlos con lo que se puede llamar la bitácora, al menos la mía, en los diversos talleres del grupo sobre la obra. Qué saco, sino aburrirlos si les cuento cosas que si acaso interesan a quien esté en la decisión de escribir literatura narrativa. Sin embargo, me refiero a dos aspectos que el autor tuvo que decidir. La historia que llenaría la obra y la manera como una historia cercana que toca lo personal tanto como la vida del país pueden aparecer en una novela. La vida visible del país tanto como las existencias de unos colombianos normales, clase media (El bloque grande tanto como el pequeño) en una relación inseparable (y siempre indistinguible). Las décadas políticas del país desde el gran fraude en las elecciones de abril de 1970, hasta que el país cae en un derrumbadero más profundo. Como lo dijo el optimista, siempre es posible empeorar; caer más abajo. También estaba decidida la manera de contar, en un aspecto problemático. ¿Cómo contar un país de manera reveladora si la ficción, amparada en esas cosas del símbolo y de la

metáfora y la transformación de la realidad real en realidad ficticia, termina ocultando o prestándose al ocultamiento?

A este escritor no le interesa que la realidad que lo ha hecho y él ha colaborado en hacer parte oculta entre los años, y quiere, decide fijarla en una novela. Wilmer decide hacer una ficcionalización un tanto al revés. Si lo normal es tomar personajes de la realidad real, ponerlos a hacer lo que hacen en esa realidad, pero con los nombres cambiados para evitarse problemas, Wilmer hace (un tanto) lo contrario y lo aguanta y lo deja así. No le cambia el nombre a nadie. A ningún personaje nacional visible, menos visible y hasta a los no visibles desde la prensa; visibilizados en virtud de la escritura literaria. Wilmer los toma con los nombres propios, los parlamentos, comportamientos de acuerdo con lo que corresponde a la historia real y requiere la novela.

Extrañados, alguna vez le dijimos que qué hacía allí la gente de Contracartel como personajes de su novela si ni siquiera nos había pedido permiso ni nos había preguntado qué tan bien habíamos quedado. ¿Las personas que éramos o considerábamos que éramos nos reconocíamos en los personajes que éramos en ella? (Aquí hay un aspecto que eludimos hoy: la relación entre la realidad real y la novela). En aquel momento y tal vez ni ahora, nadie recordaba que algunos llaman al pan, pan y al vino, vino. No se recordó que en uno de los principios, Troya se llamaba Troya, Agamenón, Agamenón y Ulises se llamaba Ulises. La única diferencia es el tiempo. ¿Juega el tiempo una función estética? Allá, entre el episodio y su relato median cinco siglos; entre el relato y nosotros 27. Acá entre el episodio, el relato y nosotros no hay diferencia. En el largo palo de la historia no hay diferencia, menos cuando somos y no somos parte de él. Para noso-

tros estas circunstancias, estas decisiones, estas presencias constituyen propuestas de valentía frente a la realidad que siempre es caótica y confusa y, en una combinación que se olvida algunas veces de una ética y una estética que la novela *Espejo de la memoria* se encargará, junto con las miradas de la historia, de decidir si es justa. Así ocurre —ni más ni menos— con las propuestas nuevas. Más si los días no han pasado; si apenas empieza para ellas. Nuestro deseo es que alcance la ventura, la justicia deseada en su proyecto con los días y más allá de ellos.

Wilmer cumplió con el compromiso consigo mismo, con el cuento ante Contracartel y los amigos; con el compromiso nunca fijado por nadie de él para con el uni-

verso de la sociedad y la cultura. Escribió la novela. Ha creado no cualquier novela; una buena novela acerca de un duro trayecto de la historia colombiana que, como las mejores obras, se lee en sobresalto y nos revela en la complejidad que somos. Es bueno, provechoso, no olvidarlo. Pero nosotros, los hombres, lo olvidamos. Wilmer, su *Espejo de la memoria*, tan meticulosa con la historia y con la literatura, está para recordarlo. Las historias de amor, las luchas y los muertos, los tantos, los muchísimos muertos, si entre el humano un muerto es un exceso o debe serlo, y los mejores partidos de fútbol que conforman esta novela amorosa y terrible más que merecen nuestros ojos, nuestra conciencia y voluntad, también la merece y la necesita el futuro.

Casablanca 32. 6.5.2016 